

cion de el principio , fingiendo despues , que la experiéncia ha mostrado el remedio , las calidades opuestas que se les antoja en el remedio , y en la causa morbífica) , descendamos á particularizar las dudas que se ofrecen sobre los remedios mas comunes , para mostrar la poca , ó ninguna seguridad que puede haber en ellos.

§. VI.

29 **E**L primero que se ofrece á la consideracion es la sangría : remedio , que si creemos á Plinio , y á Solino , aprendieron los hombres de el Hipopotamo , bruto amphibio ; el qual , quando se siente muy grueso , moviéndose sobre las puntas mas agudas de las cañas quebradas , se saca sangre de pies , y piernas , y despues con lodo se cierra las cicatrices ; bien que por Gesnero no puede sacarse en limpio qué animal es este , ni aun si le hay en el mundo.

30 Hippócrates fue el primero que autorizó la sangría. Despues Galeno la puso en mayor crédito , dando mucho mayor extension á su uso : y á Galeno siguieron unánimes quantos Médicos le sucedieron , hasta Paracelso , cuya oposicion no estorbó que reynase despues , y reyne ahora (aunque con mucha diversidad en quanto al uso) este remedio. Ha tenido no obstante grandes contradíctores , que generalmente , y casi sin excepcion alguna , le reprobaron. Entre los antiguos se cuentan Chrysipo , Aristógenes , Erasistrato , y Straton : y dexando á otros , creo que tambien se debe contar Asclépiades. De los siglos próximos , Paracelso , Helmoncio , Pedro Severino , Crollio , el Queretano , Poterio , Fabro , Crusio , Tozzi , y otros muchos hombres insignes.

31 Ahora , siguiendo las reglas comunes , no se puede negar , que tantos hombres , y tan grandes hacen opinion probable : y como ellos no solo condenaron la sangría por inutil , mas tambien por nociva , se sigue que es probable que la sangría siempre es dañosa. Con que este riesgo se lleva qualquiera que se sangre : y aunque se me diga , que aque-

aquella opinion es de pequeña probabilidad , respecto de la mucho mayor que tiene la opuesta , no me importa : lo uno , porque *Multa falsa sunt probabiliora veris* : lo otro , porque aunque el riesgo que tiene la sangría , como fundado en esta probabilidad corta , hasta ahora sea pequeño , ya le iremos abultando de modo que en la práctica suba á una estatura mas que mediana. Pero conduce lo dicho para el intento , porque quantos mas capítulos concurren á fundar la duda , tanto será mayor el peligro.

32 Pero si se me dixere que aquella sentencia no es probable poco , ni mucho , por ser contra la experiéncia , que constantemente muestra ser la sangría en muchos casos saludable ; salga Hippócrates á mi defensa , con la sentencia *Experimentum fallax*. En realidad , exceptuando poquísimos accidentes , en que la experiéncia parece está declarada á favor de la sangría (y aun esos acaso se curarian mejor de otro modo) , en lo demas está muy dudosa. Los Autores que contradixeron la sangría , no ignoraron los experimentos. No deben , pues , de ser tan claros , quando no los rindieron á la opinion comun. Los que , siguiendo ciegamente á Galeno , sangran en toda fiebre pútrida , tambien protegen está práctica con la experiéncia : sin embargo de lo qual la miran infinitos como barbarie ; y el Doctor Martinez dice que esta máxima mató mas hombres que la Artillería.

33 El fundamento de la experiéncia , no siendo esta muy constante , y muy notoria , es harto debil , porque todos le alegan á su favor. Y esto viene de que de qualquiera modo que trate el Médico á los enfermos , si no les da veneno , viven unos , y mueren otros. El que está á favor de el remedio aplicado , atribuye la salud al remedio , si el enfermo vive ; y la muerte á la fuerza insuperable de la enfermedad , si muere. El que está contra el remedio , atribuye al remedio la muerte , si muere ; y la salud á la valentía de la naturaleza , si vive. Por esta causa muchas veces achacan injustamente al Médico la muerte de el doliente ; y muchas le agradecen sin razon la mejoría.

ría. Lo cierto es, que muchas veces vivirá, y mejorará el enfermo, no solo ordenándole el Médico una sangría fuera de propósito, mas tambien aunque le dé una puñalada, porque con todo puede su complexión. En las Ephemerides de la Academia Leopoldiana se cuenta de una Religiosa, que convaleció de una fiebre cotidiana, habiéndola sacado de las venas cerca de diez libras de sangre en en el espacio de dos meses. Quisiera yo saber de el señor Vallisneri (que es quien participó á la Academia este suceso, á fin de hacer mas animosos en la sangría á los de su profesion) ; qué Angel le reveló que aquella Religiosa no sanaría, y acaso mucho mas presto, si no se hubiera sangrado tanto? Tambien nos resta saber cómo quedó aquel temperamento despues de un combate tan rudo: pues no es dudable que algunos enfermos que escapan á pesar de el violento proceder de el Médico, quedan despues con una complexión debil, capaz solamente de una vida breve, y penosa (triunfando entretanto el Médico, como si hubiera hecho otra cosa que dilatar la mejoría, y arruinar el temperamento): los quales, si se hubieran fiado á la naturaleza, ó tratado con mas benignidad, no solo lograrían la salud, pero tambien quedarian con mas robustez. El mismo Vallisneri refiere de otro hombre, á quien se le quitó casi quanta sangre tenia en las venas, que era muy acre, y se iba succesivamente reparando por otra mas bien condicionada. Dexo al juicio de los Médicos sabios la verdad de este suceso, entretanto que me dicen los cuerdos si será bien gobernarse por este exemplar. Lo que hay de realidad en esto es, que Médicos tan desafortados nos ponen delante uno, ú otro enfermo, cuya valiente complexión pudo lidiar con la enfermedad, y con la furia de el Dotor, dexándose en el tintero á infinitos, que perecieron á sus manos. Tan falaces son como todo esto muchísimas observaciones experimentales que se hallan en los libros, y con que los Médicos quieren autorizar sus prácticas. De donde infero, que habiendo tanta falencia en los experimentos, no parece que basta la expe-

periencia con que se protege la sangría, para hacer improbable la sentencia que absolutamente la reprueba.

34 Pero convengo ya en que sea verdadera la opinion comun de que en varios casos es conveniente sangrar; y así lo creo. Réstanos la dificultad de el *quándo*, y el *quánto*. En el *quánto* no cabe regla fixa; porque depende de la magnitud de el indicante, y de las fuerzas de el doliente, que un Médico juzga mayores, y otro menores. En el *quándo* son tantas, y tan opuestas las sentencias, que no pueden menos de ocasionar en el Médico una suma confusion, y duda, así como un peligro manifesto de el yerro. Lee en unos Autores que en tal enfermedad, y en tales circunstancias es convenientísima, y necesaria la sangría. Lee en otros que en aquella misma enfermedad, y circunstancias es perniciosa; y en unos, y otros propuestas razones, y citadas experiencias. ¿Qué partido tomará? El enfermo, por lo comun, no duda en obedecer al Médico; porque oyéndole hablar con confianza, piensa que en lo que ordena no hay cuestión; pero si al mismo tiempo que le decreta la sangría, escuchára veinte, ó treinta gravísimos, y expertísimos Autores, que al Médico le están gritando dentro de su entendimiento, *tente, no le sangres, que le destruyes*, aunque no faltan otros que le animan, ¿qué hiciera? ¿O, que este Médico pesa la probabilidad de una, y otra sentencia! ¿De qué consta, que la pesa bien, quando otros infinitos la pesan de otro modo?

35 Los Galénicos comunes verdaderamente yo no sé cuándo lo aciertan en sangrar; pero sé que infinitas veces lo yerran, pues tienen á la fiebre pútrida por indicante general de la sangría; siendo constante, como advierten los mejores Autores, y la razon claramente lo dicta, que en muchísimas ocasiones la sangría es nociva, por quanto estorba, suspende, ó retarda la obra de la fermentacion: la qual por ser remisa, antes debiera promoverse, para que la naturaleza lograra la despumacion, adonde camina por medio de la fermentacion. Es la fiebre instrumento de la naturaleza, para exterminar lo que la agrava, como dice el

el incomparable Práctico en materia de fiebres, Sydenhan, y con él los mas sabios Médicos de estos tiempos: *Cum & febris naturæ instrumentum fuerit ad hujus secretionis opus debita opera fabricatum.* (fol. mihi 100.) Y pocas abaxo: *Febris naturæ est machina ad difflanda ea, quæ sanguinem malè habent.* Lucas Tozzi observó que las enfermedades, donde no se suscita fiebre, son mucho mas prolixas. Y todo el mundo sabe el poder de las fiebres para resolver los catarros, convulsiones, insultos de gota, y otros diferentes afectos. Por lo qual muchos siglos há que Celso, y antes que él Hippócrates, recomendaron como util la calentura en varios accidentes. No obstante todo esto, los Médicos comunes consideran siempre en ella un capital enemigo, contra quien deben proceder con sangría, y purga, que es lo mismo que á sangre, y fuego. Yo por mí digo lo que Etmulero, que despues de referir las observaciones de algunos Autores, que hallaron en cadáveres de febricitantes toda la sangre consumida por el ardor de la fiebre, de donde infiere quán iniquamente ayuda á evacuarla la lanceta, concluye así: *Itaque ego cum ejusmodi lanionibus, & sanguisugis non facio, qui vitæ thesaurum tam inutiliter obliguriunt.*

36 Y no omitiré aquí que las señales que toman los Médicos de la misma sangre, para conocer su bondad, ó malicia, son muy falaces: ya porque se altera sensiblemente luego que sale de sus vasos: ya porque cada individuo tiene sangre diferente, y esa le conviene de tal modo, que no pudiera vivir sin aquella misma sangre que al Médico le parece mala: por cuya razon probó tan mal la invención de transfundir la sangre de un hombre sano en las venas de un enfermo. Este es el sentir de Etmulero, ibi (a): *Judicium quod attinet de sanguine vena seña emisso, hoc non immeritò rejicit Helmontius, cum unusquisque homo peculiarem suum habeat sanguinem, & in sanitatis latitudine maxima sanguinis sit varietas.* Ya en fin, porque el vario

(a) *Instit. Medic. cap. 4.*

rio color de la sangre suele nacer de otros principios muy diferentes de los que juzgan los Médicos. El célebre Anatómico Filipo Verheyen observó que mezclado el espíritu de vitriolo á la sangre, la ennegrece: luego no es la negrura de la sangre fixa señal de adustion. Y él mismo tambien experimentó que los Alkalis la ponen mas rubicunda. En fin, quien sabe que dos gotas de un color rubicundo, qual es la Leche Virginal, dan color de leche á una escudilla de agua, no hará caso alguno de lo que la Filosofia ordinaria discurre en orden á las causas de la diversidad de colores.

§. VII.

37 **D**E la sangría pasemos á la otra pierna de la Medicina (por usar de la metáfora de Galeno), que es la purga. Todos los Médicos unánimes reconocen en los purgantes mas, ó menos de qualidad deleteria, ó maligna, por donde siempre tienen algo de nocivos. Si son útiles en tales, ó tales enfermedades, en tal, ó tal tiempo de ellas, está en cuestión. Con que el daño es cierto, y el provecho dudoso.

38 Los que son amigos de medicinarse, estan en fé de que los purgantes solo arrancan del cuerpo los humores viciosos: error en que yo tambien estuve algun tiempo, y de que me desengañó no menos mi experiencia propia, que algunos buenos Autores que he leído. Es cierto, pues, que indiscretamente segregan lo util, y lo inutil, y que coliquan, inficionan, y precipitan, envuelto con los humores excrementicios, el mismo jugo nutritivo.

39 Tambien se debe advertir, que no todo lo que se llama humor excrementicio, por ser incapaz de nutrir, se ha de considerar como inutil en el cuerpo; pues mucha parte de él tiene sus oficios, y la naturaleza se sirve de él para algunos usos: como de el humor bilioso, para la precipitacion cotidiana de las heces gruesas, y de el ácido de el estómago, para excitar el apetito. Y así, los purgantes de muchos modos dañan; ya con la mala impresion de su qualidad deleteria, ya arrancando de el cuerpo mucha

cha parte de el jugo nutricio , ya evacuando lo que , aunque incapaz de nutrir , es necesario para algunas funciones naturales. A que se puede añadir el inconveniente de conducir parte de los excrementos por las vias que la naturaleza no tiene destinadas para su expulsion : lo que verisimilmente no puede ser sin algun daño de las mismas vias ; pues si los humores acres se encaminan violentamente por conductos estrechos , y que no tienen poros acomodados á las partículas de los humores , no pueden menos de hacer algun estrago en las fibras.

40 La division de los purgantes , por el efecto que hacen en los humores , á que son apropiados , de modo que unos purgan la cólera , otros la flema , &c. aunque muy recibida , es division imaginaria en sentir de Autores muy graves : los quales aseguran que no hay purgante que no evacue indiferentemente todo género de humores , como esté dentro de la esfera de su actividad ; esto es , á distancia donde él pueda obrar : y que el vario color de los excrementos , segun la variedad de los purgantes (que es lo que en esta materia ha engañado) , procede de la tintura que el mismo medicamento le dió al humor. Lo que yo puedo asegurar es , que si un hombre , el mas bien templado , repite el purgarse con epithimo (que se tiene por apropiado para la melancolía , por la negrura de las heces que segrega) , siempre arrojará humores negros , ó nigricantes. Esto lo sé con toda certeza : y es imposible hallarse tanto humor melancólico , no digo yo en un cuerpo sano , mas ni aun en seis hypocondriacos , quando es el humor de que hay menos copia en nuestros cuerpos.

41 Diráseme acaso , que no obstante la conocida lesion de los purgantes , y que estos expelan lo util con lo vicioso , pueden convenir , quando suceda serle á la naturaleza mas nociva la retencion de lo vicioso , que la expulsion de lo util.

42 Esto es quanto puede decirse á favor de los purgantes. A que respondo lo primero , que deberá asegurarse bien el Médico de estar las cosas en esa positura : porque si no , ha-

hará lo que los Othomanos en el sitio de Rhodas , que estando algunas Tropas suyas empeñadas en el asalto , mezcladas ya con los Christianos de la guarnicion , los Turcos de el Campo con bárbara furia á unos , y á otros asestaron la Artillería , é hicieron en los suyos , y en los enemigos igual estrago.

43 ¿ Pero cuándo llega el caso de tener esa seguridad el Médico ? En las enfermedades comunes rarísima vez , y aun no sé si alguna. ¿ Dúdase entre los Médicos , si en los principios de las fiebres , se puede , ó debe purgar ? El famoso Aphorismo de Hippócrates , *Concocta medicari oportet* , lo prohíbe , menos en caso de turgencia ; y manda esperar á que la materia esté cocida para purgarla : pero aquí de Dios. Quando la materia está cocida , la naturaleza la segrega por sí misma , como cada día se experimenta : con que es escusada la purga : y administrarla entonces sería lo mismo que acudir las Tropas auxiliares á sus aliados quando ya van de vencida los enemigos. La razon y la experiencia me han persuadido firmemente á que la naturaleza jamas dexa de perficionar esa obra ; salvo que en algun raro acontecimiento sea detenida por un rebés extraordinario. Dicen que es de temer la recaída , si no se purgan los enfermos despues de cocida la materia. Pero sobre que esto no es ya curar la enfermedad que se tiene presente , sino precaver la venidera , pregunto : ¿ de donde sabe el Médico , que las recaídas que se experimentan , nacen de la falta de purga en aquella sazón ? Recaen unos que se purgan , y otros que no se purgan : por donde yo sospecho que no viene de ahí la recaída , sino de alguna porcion de materia morbífica , no solo incocta , pero que ni aun se habia puesto en movimiento para cocerse en todo el tiempo de la enfermedad antecedente , y despues se pone con mayor peligro del enfermo , porque encuentra sus fuerzas quebrantadas del primer choque. No sea esto cierto : por lo menos es dudoso : y basta la duda para quitarle al Médico la seguridad de ser entonces necesaria la purga.

44 Vamos á la turgencia , en que se considera la purga in-

inescusable á los principios de la enfermedad. Tambien en este caso hizo dudosa la necesidad de la purga el eruditísimo Martinez. Porque siendo la turgencia un movimiento inquieto, y desenfrenado del humor, que, por la amenaza de echarse sobre parte príncipe, pide expelerse porcion de él á toda costa, este movimiento se experimenta en el principio de las viruelas; y con todo no purgan entonces los mejores prácticos. De esta suerte el uso de los purgantes todo está lleno de dudas, y riesgos.

45 Advierto, en fin, que aun prescindiendo de los peligros que amenazan los purgantes, no tienen tampoco las fuerzas que se les atribuyen para exterminar del cuerpo la materia morbífica. En un tiempo, que yo tenia mas fé con ellos, los usaba en unas indisposiciones, que de tiempos á tiempos padecia, y aun hoy padezco, cuyos ordinarios symptomas son pesadez de los miembros, decadencia de el apetito, y aun alguna opresion de las facultades de el alma, y suelen durar dos meses, ya mas, ya menos. Persuadíame yo, consintiendo en ello los Médicos, que todo esto procedia de la carga de humores excrementicios; y por consiguiente, que el remedio estaba en los purgantes. Pero protesto que jamas experimenté algun alivio en ellos, aunque por el espacio de siete años, quando ocurrían semejantes indisposiciones, usé de casi todo género de purgantes, variando, así la especie, como la cantidad, de muchas maneras; y lo mismo digo de el modo de régimen. Mas hay en esto; y es, que comunmente todo este mal aparato terminaba prorrumpiendo algunos pocos granos, ya en esta, ya en aquella parte del cuerpo. Cavilando sobre esta experiencia repetida, vine á dar en el pensamiento, de que muchos de nuestros males vienen de una pequesísima porcion de materia, que se há como un fermento de mala casta; y por hallarse altamente intrincado en el cuerpo, ó por otra razon, que yo no alcanzo, no está sujeto á la accion de los purgantes, sino á la naturaleza sola, la qual tiene sus periodos establecidos para disponer su expulsion, sin que puedan hacerle acelerar el curso todas las es-

espuelas de la Botica; y en llegando el plazo, en una pústula, ó en unos granillos desaloja aquel enemigo, de grandes fuerzas sí, pero de mínima estatura. Estuve algunos años en esta sospecha con la desconfianza que me ocasiona la cortedad de mi conocimiento, hasta que leyendo alguna vez en Etmullero, tuve el consuelo de hallar patrocinado por este grande Autor puntualísimamente mi pensamiento, aunque de paso. Despues de tratar (a) del grande estrago que hacen en el cuerpo los purgantes, acusándolos tambien de ineficaces, dice así: *Sanè fermenta morbosa minima illa non attingunt. Hinc subinde post repetitum licet purgantium usum, nihilominus morbi contumaces persistunt.* De modo, que venimos á parar en que los purgantes, sobre los muchos daños que ocasionan, respecto de la materia morbífica, se andan por las ramas, exceptuando quando esta está en las primeras vias: que en ese caso no es dudable su utilidad; pero es muy dudable no pocas veces el caso; pues entre los Médicos frecüentemente se disputa si el vicio está en las primeras vias, ó no.

46 En quanto á la eleccion de purgantes, cada Médico tiene su antojo; y apenas hay purgante que no tenga sus especiales apasionados. Comunmente se prefieren los que evacuan con quietud, y sin mover retortijones en los intestinos. Yo confieso que tengo en este punto mi rezelo de que la eleccion es errada; porque acaso los retortijones no vienen del medicamento inmediatamente, sino del humor acre, movido por él; y siendo así, se deberán preferir los purgantes, que inquietan los intestinos, porque son los que expelen los humores mas acres, y abandonar la hipócrita blandura de los que evacuan tranquilamente: lo qual podria provenir de que por su malignidad oculta coliquan mayor porcion del jugo nutricao, cuya dulzura embota la acrimonia de los humores excrementicios, para que al salir no exciten dolores. Si los purgantes fuesen electivos; se podria discurrir que estos purgantes pacíficos solo eva-

Tom. I. del Teatro.

(a) Part. 3. Instit. Medic. cap. 5.

cuan los humores blandos, é inocentes, que por ser de tan buen genio, no excitan tumulto alguno en los lugares por donde transitan. Esto solo es pensamiento mio, el qual sujeto docil al exámen de qualquiera Médico docto, como otro qualquiera en que no esté patrocinado de algun Autor clásico.

47 Después de las purgas, es natural decir alguna cosa de sus camaradas, y substitutas las ayudas; de las quales se sirven los Médicos, quando no ha lugar á aquellas, para laxár el vientre, siempre que él no está laxô por sí mismo, en suposicion de que el uso de ayudas blandas nunca tiene riesgo. Pero el supuesto no es tan cierto; porque el famoso Sydenhan prohibe severísimamente el uso de ellas, como de todas las demas evacuaciones, en todas aquellas fiebres donde el movimiento fermentativo sea algo remiso, porque le hacen mas lento. Y no solo esto, sino que generalísimamente en todas las fiebres, en el tiempo de la declinacion, las condena, en tanto grado, que dice de sí, que durante la declinacion ponía estudio en conservar el vientre del febricitante adstricto: *Atque mox ad alvum adstringendam memet accingo*. Y bien saben los Profesores, que en el modo de tratar los febricitantes Sydenhan, por sí solo hace opinion probable. Conciérteme, pues, estas medidas el que quisiere defender la coherencia, y seguridad de los preceptos médicos.

§. VIII.

48 EN fin, no hay cosa segura en la Medicina. Este Médico detesta el remedio que el otro adora. ¿Qué maldades no acusan unos, y qué virtudes no predicán otros del Helleboro? Lo mismo del Antimonio. La pedrería, que hace el principal fondo de los Boticarios, es reprobada, no solo como inutil, mas aun como nociva, por excelentes Autores. Y yo por lo menos creo que sirve mas la menos virtuosa yerba del campo, que todas las esmeraldas que vienen del Oriente. ¿Qué diré de tantos cordiales, que lo son no mas que en el nombre? El oro alegra el corazon, guardado en el arca, no metido en el estó-

tómago. ¿Y cómo ha de sacar nada de él el calor nativo, si no puede alterarle poco, ni mucho el mas activo fuego? La virtud de la piedra bezoar, que entra en casi todas las recetas cardiacas, es una pura fábula, si creemos, como parece se debe creer, á Nicolao Bocangelino, Médico del Emperador Carlos V. y á Gerónimo Rubeo, Médico de Clemente VIII. que habiendo usado muchas veces de bezoares recomendadísimas, que estaban en poder de Príncipes, y Magnates, jamas experimentaron en ellas alguna virtud. Lo mismo asientan otros muchísimos.

49 Los remedios costosos, y raros son del gusto de muchos Médicos, y de el de todos los Boticarios. No les falta ya á algunos mas que recetar, como dixo Plinio, las cenizas del Fenix: *Petitis etiam ex nido Phœnicis, cinereque medicinis*. Lo mismo digo de los remedios exóticos, y que vienen de lejas tierras. En ellos tienen sus cuentos los Médicos para la ostentacion de su Arte, y los Droguistas para aumento de su caudal; pero, como dice el mismo Plinio en otra parte, y la experiencia enseña, son mucho mas útiles, y seguros los remedios baratos, y caseros: *Ulceri parvo medicina à rubro mari imputatur; cum remedia vera pauperrimus quisque cœnet*.

50 Mons. Duncan, Doctor de Mompeller, refiere de otro famoso Médico Francés, que recetaba el café universalmente á todos sus enfermos. Con todo, los mas están hoy persuadidos á que ni de el thé, ni de el café se puede esperar mucho provecho. Aun los especificos mas notorios no están esentos de ser questionados. La quina ya se sabe que tiene muchos enemigos; y lo que es mas que todo, Ferne-lio declamó contra el mercurio, aunque contra toda razon, quando todo el mundo experimenta la valentía singular de este generosísimo remedio.

51 A esta inconstancia de la Medicina, por la oposicion de dictámenes, se añade lo que alteran las modas; las quales no tienen menos imperio sobre la arte de curar, que sobre el modo de vestir. Al paso que van cobrando crédito unos medicamentos, le van perdiendo otros. Y á la Me-

dicina le sucedé, con los remedios que propone, lo que á Alexandro con los Reynos que conquistaba, que al paso que adelantaba sus empresas, iba perdiendo mucho de lo que dexaba á las espaldas. Todos los remedios en su primera composicion fueron celebradísimos: de aquí vienen aquellos epitetos magníficos, que establecieron como renombres suyos, agua angélica, xarabe aureo, y otros semejantes. Y hoy ni el xarabe aureo, ni la agua angélica, ni las píldoras *sine quibus*, ni todas las otras, á quienes dió estimacion el recomendadísimo azibar, se atreven á musitar delante de la sal de Inglaterra, que para mí es un remedio sospechoso, por el mismo caso de purgar con tanta suavidad. Pero ya á este, y á otros, que hoy reynan, vendrán quienes los derriben del solio; porque siempre fue esta la suerte de la Medicina: *Mutatur ars quotidie interpolis, & ingeniorum Græciæ flatu impellimur.*

52 ¿Y qué diré de las virtudes, que falsamente se atribuyen á muchos remedios? Bástame en este punto la autoridad de Valles, que asegura, que en ninguna materia hablan los Médicos con menos verdad, ó fundamento, que en esta: *Facile concesserint nulla de re nugari magis Medicos, quàm de medicamentorum viribus* (a).

§. IX.

53 **C**oncluiré el desengaño de los remedios con la importante advertencia, de que aun siendo escogidos, y apropiados, dañan quando son muchos: *Impediunt certè medicamina plura salutem.* En esto yerran infinito los Médicos vulgares: *Tyrones mei* (exclama Ballivio) *quàm paucis remediis curantur morbi! Quàm plures è vita tollit remedium farrago!* Sydenhan se lamenta del mismo desorden en varias partes, persuadiendo á los Médicos que se vayan con pies mas perezosos en ordenar remedios, y que fien mucho mas de la naturaleza; porque es un grande error pensar que siempre necesita esta de los auxilios del Arte: *Et*

(a) *Philos. Sac. cap. 75.*

Et sanè mihi nonnumquam subiit cogitare nos in morbis depellendis haud satis lentè festinare, tardius verò nobis esse procedendum, & plus sæpè numero naturæ esse committendum quàm mos hodie obtinuit; errat namque, sed neque errore erudito, qui naturam artis adminiculo ubique indigere existimat.

54 Es verdad que en esta infame práctica menos influyen los Médicos, que los mismos enfermos; los quales los están importunando para que receten todos los dias, y casi todas las horas. Este, acaso, es el mayor error del vulgo en el uso de la medicina. Tienen por Médico sabio á aquel que sin cesar amontona medicamentos sobre medicamentos; y aun despues que con este tyrano, y homicida procedimiento llevó el enfermo á la sepultura, dicen que hizo quanto cabia en el arte de la Medicina; siendo así que hizo quanto cabia en la mas estúpida ignorancia, ó en la mas criminal condescendencia. Estos Médicos oficiosísimos, que recetan siempre que se lo piden los enfermos (dice Leonarno Botalo, Médico de Enrico III. de Francia), son los mas perniciosos de todos: *Cum officiosissimi esse volunt, tunc sunt maximè noxii.*

55 Los que defienden el dogma de los dias decretorios, no tienen que responder otra cosa á la objecion que se les hace, de que la experiencia no los demuestra, antes lo contrario, sino que el uso intempestivo de los remedios estorba, y á veces precipita á la naturaleza su curso; pero de aquí salen dos conseqüencias. La primera es, que todos los Médicos pecan en el abuso de los remedios; pues ninguno hay, si quiere confesar ingenuamente la verdad (como asegura Lucas Tozzi), que observe constantes las crises, segun los períodos señalados. La segunda es, que deberá estarse el Médico tan quieto, por no turbarle á la naturaleza su operacion, que apenas le ordene remedio alguno, pues ninguno hay que no altere poco, ó mucho. Pero sobre esto ya dixo harto el Doctor Boix; cuyas reglas no sé si se deben seguir en todo: solo sé que la multitud de remedios, que aplican los Médicos vulgares, no puede

menos de debilitar mucho á la naturaleza (y esto puntualmente en aquel tiempo en que ella necesita de mas vigor, por hallarse en actual combate con su enemigo), y turbarla la operacion que tiene entre manos, de preparar la materia morbífica para la segregacion.

56 A los Médicos incapaces, que por ignorancia pecan en esto, es ocioso persuadirlos; porque siempre la necesidad es indocil. Lo mismo digo si hay uno, ú otro, que aun con conocimiento de que daña, receta mucho, por ser amigo del Boticario, ó porque él tambien se interesa en el consumo de los medicamentos; pues la alma de ese mas deplorada está que la salud de ningun doliente. Y digo si hay uno, ú otro; porque pensar que por lo comun los Médicos son tan iniquos, solo cupo en la insolente maledicencia de Enrico Cornelio Agripa (a), con ser él de la profesion. Antes bien he observado ser por lo comun los Médicos hombres de honesto proceder: lo que atribuyo á que en los quartos de los enfermos, especialmente si están peligrosos, se oyen casi siempre palabras de edificacion, y se ven exemplos de christiana piedad.

57 Sé que hay algunos, y no pocos, que recetan mas de lo que les dicta la razon, á fin de conservar su crédito; porque ven que los desestiman, y aun los desechan, y llaman á otros, si cada dia no ordenan algo de nuevo. A estos los reconvendré con la gravísima obligacion que tienen en conciencia, de no pasar por respeto alguno, ni de conveniencia, ni de honra, de aquella raya que les señala su conocimiento: siendo cierto, que ni el riesgo de ser menos buscados de los enfermos, ni el de que los desacrediten los Boticarios, ni el de que los tengan por ignorantes los necios, los escusará de ser reos en los ojos de Dios de qualquiera daño que por su exceso en recetar sobrevenga á los dolientes.

58 Muchos toman un camino medio, que es recetar para cumplir; esto es, ordenar unas cosillas leves, que aunque

(a) *Lib. de Vanit. Scient.*

que no harán provecho, tampoco se teme de ellas daño alguno; pero si lo que ordenan está dentro de la clase de los medicamentos, no puede menos de alterar; y por consiguiente, si no aprovecha, forzosamente ha de dañar poco, ó mucho. Sobre esto tampoco puede el Médico hacer gastar á los enfermos su caudal en lo que no les ha de aprovechar, y quedará obligado á la restitucion sin duda, y sin que le aproveche decir que los enfermos lo quieren así: pues ciertamente los enfermos no quieren gastar en lo que el Médico sabe que no les ha de servir; y como él esté constante en desengañarlos de la inutilidad de el medicamento, bien cierto es que no darán por él un quarto.

§. X.

59 Despues que he señalado tantos capítulos, que concurren á hacer incierta la Medicina, veo que me dirán algunos: ¿pues qué han hecho la experiencia, y la observacion de tantos siglos, que no han desengañado de lo que daña, y de lo que aprovecha? Pero á esto tengo respondido con lo que dixé arriba de la falibilidad de la experiencia: á que añadido, que las observaciones que se hallan recogidas en algunos Autores, tan lexos están de desengañar, que engañan mas; porque son tan defectuosas, que ni merecen el nombre de observaciones: ya porque muchas se fundan sobre una experiencia sola, en que por infinitos capítulos cabe falencia, ya porque tal vez la insinceridad del Médico ostenta un suceso, en que probó bien el remedio, y calla dos, en que probó mal: ya porque no se señalan exáctamente las circunstancias, siendo muchísimas las que pueden concurrir, para que dentro de la misma especie de enfermedad, el mismo remedio una vez aproveche, y otra dañe: ya porque en el caso que señala la observacion, se aplicaron diferentes remedios inconexos, y no es facil saber á qual se debe la cura, aunque el Médico quiere atribuirlo al que es de su invencion, ú de su cariño; y si concurren sucesivamente diferentes Médicos, cada uno atribuye la salud al que él decretó, aun-